



MATERIA
AC03

Encarnación Teresiana del Carisma: ¡QUÉ TALES HABREMOS DE SER!

SI
CONOCIERAS
EL DON DE DIOS

Encarnación Teresiana del Carisma:
¡QUÉ TALES HABREMOS DE SER!

MATERIA
AC03



OBJETIVO DEL AREA

Profundizar y afianzar en los fundamentos esenciales que han de constituir la vida de una Carmelita Descalza, para dar respuesta al llamado de Dios en la realidad del mundo actual.

Encarnar el carisma Teresiano es hoy sin duda unos de los retos más grandes que nos plantea nuestra realidad. En un mundo donde reina el individualismo, la necesidad de poder y control, donde el personalismo, el sentimiento de omnipotencia, de egoísmo se nos cuelan por todos lados, volver a lo esencial, a la propuesta de Teresa es un imperativo. Es evidente que como comunidades de una o de otra manera se nos han colado estos dioses de nuestro siglo, y es necesario mirar la raíz, la sabia, la fuente que tiene todavía los elementos esenciales de el sueño de Teresa para el mundo.

Es verdad que hemos compartido al mundo sus obras, y que han hecho mucho, mucho bien, pero hoy más que nunca nos sentimos intempeladas a compartir y a vivir el testimonio de su fe profunda, centrada en solo Dios y su Cristo, su fuerza orante, y el don de la vida fraterna en comunidad como la autentica propuesta.



Ante la realidad histórica de su tiempo, los conflictos que vivía la sociedad y la Iglesia exclamó: "Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo. No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia" (C 1,5)

Bien lo dice Anna Seguí en su artículo "La mirada de Teresa de Jesús" -Creo que las carmelitas somos su gran legado, llamadas a continuar su proyecto, reto y tarea en medio de nuestro mundo y para nuestro mundo. Mujeres que queremos vivir, como nuestra Madre, una vida para el Evangelio desde nuestra realidad orante en la Iglesia, alegres en la fe, creadoras de fraternidad y testimonio de amor. Cual ciudad puesta en lo alto de un monte, iluminar signos de paz y armonía. Alumbrar a las personas necesitadas de orientación, en una sociedad que se aleja de Dios, y es cada vez más violenta-.

El reto es enorme, requiere mirada al interior, reconocernos, mirarnos, amarnos, reencontrarnos desde nuestra verdad, desde nuestra historia, desde nuestros sueños y anhelos más profundos. Salir de nuestros esquemas a veces obsoletos, caducos, enfermos, poco generosos y atrevernos a renacer de nuevo cada día con la certeza de



de que somos y venimos de una casta muy grande y divina.

Contestarnos ¿qué tales habremos de ser? sera nuestra ruta a seguir en la invitación de estas fichas de trabajo personal y comunitario.

Queridas hermanas adentremonos con un corazón nuevo a esta propuesta, como si fuera la primera vez que nos encontramos con estos temas, para que la novedad inunde nuestra vida y nos permita iniciar, continuar o terminar plenamente nuestro camino como hijas amadísimas de nuestra madre TERESA DE JESÚS.





ESTRUCTURA DEL CONTENIDO

1. Necesidad de conversión.
2. Para lo que nos junto el Señor en esta casa: Qué tales habremos de ser.
3. Amar al modo de Jesús.
4. Servir al modo de Jesús.
5. Orar al modo de Jesús.
6. Libres nos quiere Dios



PROPUESTA METODOLÓGICA

4 momentos:

1. Motivación Inicial: en este momento iniciaremos con el planteamiento del contenido y unas preguntas o ejercicios de motivación para el tema.
2. Para el trabajo comunitario o de manera personal: tiene como fin reconocer el tema, realizar un acercamiento del contenido, hacer una lectura estudio de lo propuesto, que se puede como el momento lo sugiere, hacer en grupo o de manera personal.
3. Para profundizar: se presentan en este apartado contenido para profundizar la propuesta.
4. Actividad de apropiación: la finalidad de este momento es realizar un ejercicio que permita llevar a la vida el contenido propuesto; algunas veces se sugiere hacerlo en comunidad.





NECESIDAD DE CONVERSIÓN

FICHA 1





MOTIVACIÓN INICIAL

En nuestra vida quizá podríamos encontrar algunos momentos de un movimiento existencial, fundante, es decir de cimiento. Esas decisiones que tenían que hacerse porque de lo contrario experimentabas de una manera u otra la muerte, haberte alejado de lo que te da vida, de tu sabia, de tu raíz.

Esos momentos definitivamente son momentos de conversión.

Y ahora ante la invitación de mirar cómo hemos encarnado el carisma es necesario partir de una realidad: nuestra necesidad de conversión, de transformación, etc.

El carisma Teresiano es un árbol de vida, con unos cimientos muy fuertes y valiosos. Cada comunidad, cada hermana del Carmelo Teresiano es una rama, un fruto, una hoja, una flor.

La sabia, el agua que recibe cada rama es fecunda, es existencial porque es agua y sabia de la gracia, esa gracia concedida por Dios a Teresa en el regalo del Carisma, en la presencia del Espíritu renovado,





actualizado en cada misión y vocación congregacional.

Pregúntate o pregúntense:

¿Qué pasa si nosotras como una rama de este frondoso árbol no estamos siendo tan hermosas, abundante, dando fruto?

¿Qué ha bloqueado en la vida cotidiana el flujo de este espíritu, del carisma?

¿necesitamos convertirnos?



TRABAJO COMUNITARIO O DE MANERA PERSONAL

Lee con detenimiento este fragmento del artículo de Anna Seguí ocd “La mirada de Teresa a Jesús” y posteriormente escribe o contempla tu propia historia de conversión.

Puedes ir haciendo una línea del tiempo donde puedas vislumbrar tus momentos de conversión,
¿quién interviene?,
¿a qué te ha invitado?,
¿de qué estabas cansada?,
¿cuáles han sido sus efectos?



LA CONVERSIÓN

Teresa de Jesús necesitó un largo proceso de conversión interior hasta dejarse seducir por Cristo. La lucha personal que mantuvo consigo misma le quebrantó la salud. Ella entró en el monasterio con toda su baraúnda, sus pasiones, sensualidad, y vanidades, hasta su propia imagen de Dios tendrá que cambiar. Tenía todo un mundo por sanear. Se hallaba interiormente dividida y dispersa: "tratar con Dios y con el mundo", "Tener oración más vivir a mi placer" (V 13, 6); "por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo" (V 7, 17); "Parece quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales" (V 7, 17); débil y falta de fuerzas, las virtudes le flaquean: "no hay en mí sino caer y levantar" (V 31, 17).

Vivía con doblez en el monasterio, estaba dividida, se debatía entre la gracia envolvente de Dios y la inconsistencia del barro terreno en el que se hallaba metida. "Ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años" (V 8,2). Hecha para andar en verdad, la



la ambigüedad se la come y la desequilibraba. Se pasaba horas en el locutorio hablando con ricos galanes, eran personas que favorecían la paupérrima economía que sufrían. Y ella, con su simpatía y gracias personales, algo sacaría de aquellas visitas, para favorecer a la comunidad.

Jesús le da muestras de reprobación de aquella conducta, algunas hermanas también le llamaron la atención, pero ella persistía en sus frivolidades. Y así pasó varios años hasta que sintió el hastío de su proceder y quiso cambiar. Escribe: "Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle" (V 9,1).



Teresa no es más pecadora que las demás, quizá es más pasional, y se ve a fondo. Conoce su debilidad y propensión al mal si Dios no la sostiene, y en Él hallará el agarradero sanador y salvador. Ella ha experimentado bien que: "quien anda en el peligro en él perece" (2M 11). La pasión de Teresa es pasión de enamoramiento. Se debate entre las apetencias sensuales y el desencanto ante lo que el mundo le puede ofrecer. Gime por un amor que la llene plenamente. Tiene ansias de verdad y totalidad, de algo que no se le quiebre, de pasar de la insatisfacción a la plenitud. "Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole" (V 8,12).

Y Dios la purificó para liberarla de sí misma y hacerla una mujer nueva, a gusto de Dios y contento personal. "Ya mi alma despertó el Señor/ y no quiere su Majestad que se torne a cegar" (V 40,22). Siente que el Señor le dice estas palabras: "Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles" (V 24,5). Tras la conversión, y comenzando a ser coherente, dirá: "La de hasta aquí era mía (es decir, la vida de sus vanidades). La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que



vivía Dios en mí, a lo que me parecía. Porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí" (V 23,1).

Teresa cambió las relaciones por la relación, y desde esta realidad relacional con el Amigo-Amado, nos comunicará su vida, oración y trato con Jesús. La liberación que experimentó la sobrepasó. Teresa necesitó confrontar su experiencia, verbalizarla, contarla, escribirla, regalarla. Con ello nos regalará la grandeza de lo que la ha engrandecido: Cristo. Tiene la convicción profunda de que la vida solo la llena Jesús, solo es buena si la vivimos desde Él, porque solo Él la llena y satisface.

Jesús será el centro de Teresa, presencia permanente, diálogo continuado, que baña cada página de sus libros y de su vida. Y Teresa sintió la necesidad de escribir porque se sabía poseedora de un tesoro de gracias que la desbordan: "No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas" (V 18,4). Nosotros somos los aprovechados y enriquecidos por su vida y obra. Teresa es un regalo de Dios para la Iglesia y la humanidad.



vivía Dios en mí, a lo que me parecía. Porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí" (V 23,1).

Teresa cambió las relaciones por la relación, y desde esta realidad relacional con el Amigo-Amado, nos comunicará su vida, oración y trato con Jesús. La liberación que experimentó la sobrepasó. Teresa necesitó confrontar su experiencia, verbalizarla, contarla, escribirla, regalarla. Con ello nos regalará la grandeza de lo que la ha engrandecido: Cristo. Tiene la convicción profunda de que la vida solo la llena Jesús, solo es buena si la vivimos desde Él, porque solo Él la llena y satisface.

Jesús será el centro de Teresa, presencia permanente, diálogo continuado, que baña cada página de sus libros y de su vida. Y Teresa sintió la necesidad de escribir porque se sabía poseedora de un tesoro de gracias que la desbordan: "No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas" (V 18,4). Nosotros somos los aprovechados y enriquecidos por su vida y obra. Teresa es un regalo de Dios para la Iglesia y la humanidad.



PARA PROFUNDIZAR

Lee con atención y déjate cuestionar. Ábrete a la luz del Espíritu

La conversión es un proceso

Severino María Alonso, cmf
Publicado en Ciudad Redonda

El escollo de la mediocridad

En todas las formas y estados de vida, la conversión no es un acto, que se realiza de una vez para siempre, sino un verdadero proceso, que ha de durar la vida entera. Por eso, no puede darse nunca por terminado o concluido, sino que debe proseguirse ininterrumpidamente, sin posible cansancio. Y es que, en realidad, nunca se está del todo convertido. Y sería un grave síntoma de necesitar urgente conversión, llegar a creer que uno ya está convertido de veras.

Aunque sería más grave todavía 'no necesitar' conversión. Porque, no tiene realmente salvación, quien no la necesita de verdad.



La verdadera conversión -metanoia, en sentido bíblico- es una transformación radical, es decir, un cambio de toda la persona por dentro: de su mentalidad, de su lógica interna, de su escala de valores, de sus actitudes vitales. En realidad, es un permanente y progresivo reajuste con la mentalidad, la lógica, la escala de valores y las actitudes vitales de Jesús.

La vida consagrada, por su misma naturaleza, es una forma especialmente radical de entender y de vivir la conversión evangélica. Por eso, se consideró siempre la conversio morum -el cambio de costumbres-, como nota característica de este modo de vida cristiana. Se trata de cambiar de estilo, adoptando uno de mayor sencillez y austeridad, marcado por la oración y el ayuno y, sobre todo, por la actitud de servicio en una comunidad de vida espiritual, fraterna y apostólica. Ya no se trata, propiamente, de pasar de la incredulidad a la fe, o del escándalo a una vida ejemplar, y ni siquiera del pecado a la gracia, sino de un grado de fidelidad a otro de mayor fidelidad todavía, progresando ininterrumpidamente en real configuración con Jesús, en "su modo de existir y de actuar, como Verbo encarnado, ante el Padre y ante los hermanos" (cf VC 22). Este proceso no admite dilación, ni tiene verdaderos límites.

La vida consagrada supone y exige una actitud permanente



de conversión. Por eso, debe ser un ejemplo constante de crecimiento en el Espíritu, en fidelidad ascendente y progresiva. Sin embargo, por extraño que pudiera parecer, se da en ella -no pocas veces- un tono de rutina y hasta de mediocridad. Y es que, cuando se vive más en lógica de contrato jurídico que de alianza bíblica, suelen predominar las normas sobre los criterios, lo institucional sobre lo carismático y, en definitiva, la simple observancia sobre la auténtica fidelidad. De ahí que, fácilmente, uno se vaya acostumbrando a todo, en el peor sentido de la palabra costumbre.

En este caso -no infrecuente, por desgracia- se ha perdido ya el entusiasmo, la vibración interior, el anhelo de de autosuperación y, en consecuencia, la verdadera fidelidad, aunque uno siga siendo, más o menos, 'observante'. El religioso o la religiosa mediocre no comete grandes pecados, ni escandaliza a nadie con su conducta, pues se mantiene deliberadamente entre lo mandado y lo prohibido, a una prudente y calculada distancia. Personifica el conformismo y las medias tintas. No es frío ni calor. Ni siquiera conoce las grandes pasiones. Adopta, de hecho, la medianía como nivel. Esto es más grave y peligroso, cuando la mediocridad se ha convertido ya en actitud vital y en estilo de vida. Cuando ya ni siquiera produce resquemor interior, ni suscita ninguna inquietud salvadora, pues se vive más por inercia que por decisión



personal, cómodamente instalados en la rutina, envueltos mortecinamente en el 'sudario' de unas costumbres y hasta de unas 'manías', que suplantán la verdadera vida.

Es, de veras, una situación lamentable. Pero que no es fácil superar, porque quien la vive y la 'padece' no suele ser muy consciente de su propia 'enfermedad' y, desde luego, en ningún momento la considera grave.

La misma gracia de Dios 'resbala' en la superficie de un alma 'acostumbrada', replegada sobre sí misma, que se cierra a toda acción divina, lo mismo que el agua no puede penetrar en una superficie barnizada. La persona 'mediocre' se vuelve impermeable a la gracia. Sobre todo, si ya ha caído en el 'fariseísmo'. Segura, como el fariseo, de sí misma, amparada tras el cumplimiento de unas normas de moral, ni siquiera experimenta necesidad de salvación. No tiene llagas que curar. Y resulta que no hay posible salvación para quien no necesita de verdad la salvación. Porque el mayor pecado no es ser 'pecador', sino creerse justo. Y la más grave de las enfermedades espirituales no es estar 'enfermo', sino creerse sano.

Charles Péguy lo ha hecho notar, hablando de "les honnêtes gens" -las gentes de bien o los buenos de siempre, los que se creen y a sí mismos se llaman honrados-. Para ellos,



la misma moral se ha convertido en una especie de coraza, de chaleco blindado, donde se estrellan inevitablemente las saetas del amor y de la gracia salvadora de Dios. No tienen ninguna profunda inquietud y no dejan ninguna abertura al Espíritu Santo. Así se explica que, muchas veces, "mientras la gracia logra victorias inesperadas en el alma de los mayores pecadores, queda con frecuencia inoperante en las gentes de bien... Estas no presentan esa entrada a la gracia que es esencialmente el pecado. Porque no están heridas, tampoco son vulnerables. Porque no tienen falta de nada, nada se les puede dar. Porque de nada carecen, no pueden recibir al que lo es todo. La caridad misma de Dios no puede curar a quien no tiene llagas... Las honnêtes gens no se dejan penetrar por la gracia. Es una cuestión de física molecular o globular. Eso que se llama moral es, muchas veces, una capa o barniz que hace al hombre impermeable a la gracia"1.

Por eso, Léon Bloy confesaba: "Un hombre cubierto de crímenes es siempre interesante, es un blanco estupendo para la misericordia"2. Y François Mauriac, por su parte, añadía: "En el peor de todos los criminales se encierran siempre algunos elementos de santidad que podrían convertirlo en santo; y, por el contrario, en el ser más puro pueden esconderse algunas posibilidades espantosas"3.



Es más fácil que se convierta de su mala vida el hijo pródigo que el otro hijo, que se quedó en casa con espíritu de mercenario y que se creía justo y, desde luego, mucho mejor que su hermano. Por lo demás, ¿de qué podría arrepentirse, si todo lo había hecho bien y había cumplido puntualmente todas las órdenes del padre? (cf Lc 15, 11-32). Es más fácil que se convierta el publicano-pecador de la parábola, que el fariseo, cumplidor escrupuloso de la ley, que se consideraba justo y que despreciaba a los demás (cf Lc 18, 9-14; 11, 42).

Georges Bernanos, en *Dialogues des carmélites*, sobre el martirio de las Carmelitas del monasterio de Compiègne (Francia), hace una severa afirmación acerca de este mismo tema: "El estado de una religiosa mediocre me parece más deplorable que el de un bandido. El bandido puede convertirse... La religiosa mediocre ya no puede nacer de nuevo, nació ya y falló en su nacimiento. Salvo un milagro, será siempre un aborto"⁴.

La mediocridad es lo más abiertamente opuesto a la vida consagrada, que, por su misma naturaleza y definición, es una realidad carismática, con todas las notas esenciales del verdadero carisma: espontaneidad, impulso vigoroso del Espíritu, novedad, audacia, fortaleza, etc. La mediocridad es la negación práctica de esa dimensión esencialmente carismática.



Y es que la vida religiosa, vivida en fidelidad horizontal -siempre lo mismo- como se vive un contrato jurídico, va apagando los más generosos impulsos y termina o en la mediocridad existencial o en una nueva forma de legalismo farisaico, impermeable a la acción transformadora de la gracia. Por el contrario, cuando se vive en lógica de amistad o de alianza bíblica, es decir, en fidelidad ascendente y progresiva -cada día, un poco mejor: in dies melius (LG 46)-, en constante anhelo de superación, en docilidad creciente al Espíritu, se vive en ese 'proceso' de conversión, en que consiste la auténtica y verdadera fidelidad.

1. Ch. Péguy, Note conjointe sur M. Descartes et la philosophie cartésienne, en " Oeuvres en prose", Bibliothèque de la Plèyade, Paris, 1957, t. II., pp. 1333-1334.

2. L. Bloy, Le désespéré, Paris, 1886, p. 184.

3. F. Mauriac, Los ángeles negros, Planeta, Madrid, 1968, p. 255.

4. G. Bernanos, Dialogues desde carmelitas, Paris, 1949, p. 34.

Severino María Alonso, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/la-conversion-es-un-proceso





ACTIVIDAD DE APROPIACIÓN

Primero de manera personal, y después comunitariamente, ¿te invito a preguntarte si la comunidad tiene necesidad de conversión?, ¿si tu personalmente tienes necesidad de conversión? Visualiza el árbol del Carmelo y posteriormente la rama de tu comunidad, ¿le ha llegado la sabia, el agua, la humedad del carisma, el influjo de su espíritu, el carisma teresiano?

Dibuja un árbol, primero el tuyo de manera personal y posteriormente en comunidad hagan el árbol de la comunidad. Y comenten después de observarlo ¿qué necesita ser transformado? ¿de qué se tiene que convertir la comunidad?

Comenten en comunidad el artículo de Severino María Alonso.

Al finalizar la reunión se sugiere compartir ¿a qué se sienten invitadas?, ¿qué pueden hacer y vivir como comunidad para dejar que fluya abundantemente la gracia del Carisma del Carmelo Teresiano?





MATERIA
AC03

Encarnación Teresiana del Carisma: ¡QUÉ TALES HABREMOS DE SER!